

APÉNDICE II

DIFERENTES CONCEPTOS HISTÓRICOS DE LA MUJER

1. **Las delicadezas del corazón humano desconocidas de los antiguos.**—Es verdaderamente sensible que falten en tan alto grado en nuestra vida la necesaria medida y la verdadera sencillez, después que se ha separado el mundo del Cristianismo. Mas temblaríamos de espanto, si en nuestro derredor resucitase el mundo antiguo; porque la simple posibilidad de vivir privados de esas dos cualidades en la medida en que lo estuvieron los antiguos, es una idea que, gracias á Dios, no podemos formarnos hoy. Casi en ninguna parte reinaban la verdadera naturaleza y la verdad; sin exagerar las cosas ni en uno ni en otro sentido, los antiguos, no podían prescindir del aparato escénico. En Roma ⁽¹⁾ y en Grecia, ⁽²⁾ las plañideras, los flautistas, los enlutados asalariados, debían reemplazar en las ceremonias lúgubres el dolor de los sobrevivientes. Para esto formaban un zipizape espantoso; se golpeaban el pecho, se arañaban la cara, daban alaridos salvajes, como se practica todavía en el Oriente y en las naciones bárbaras, práctica que amenaza introducirse entre nosotros con los ensayos de funerales anticristianos, que se van celebrando poco ó mucho por todas partes. Cuando había pasado aquella escena artificial, los indemnizaba del dolor que les habían causado los lloros un opíparo festín; después, colocaban sobre la tumba del muerto ó bien aquellos versos ver-

(1) Horacio, *Ars poetica*, 431; Plauto, *Truculent.*, 481.

(2) Luciano, 50, 12, 13, 20.

gonzosos que dejaban traslucirse un espíritu burlón, ó bien aquellos epitafios de escandalosa obscenidad que todavía podemos ver con frecuencia en las inscripciones griegas y romanas. Ante semejantes espectáculos, ¿quién se atrevería á hablar de verdadera naturaleza y de verdadera humanidad? Durante un sacrificio, tiene noticia de la muerte de su hijo Horacio Pulvilo, y pronuncia friamente estas palabras: «Que se lleven el cadáver», y continúa el sacrificio. ⁽¹⁾ Pase por acto de valor un hecho semejante, pero en estos rasgos del filósofo Estilpón no se encuentra sino abominable estupidez. Tan exclusivamente vivía para su reposo y tranquilidad personal, que al hablarle un día de la conducta licenciosa de su hija, dió esta respuesta: «¿Es falta de ella ó mía?» ⁽²⁾ En el saqueo de Megara cayeron en poder del vencedor las hijas del mismo filósofo. Aquel padre perfecto se contentó con decir: «Nada de lo que poseía he perdido». ⁽³⁾ ¡Y decir que hallaba admiradores é imitadores! Se aconseja asimismo Epícteto, y aconseja al que haya perdido una persona querida, que se consuele con estas palabras: «¿Qué me importa á mí un padre? ¿Soy yo su mujer? ¿Había engendrado un hijo inmortal? ¿Acaso formaba ese amigo parte de mi propiedad? Déjalos morir, y guárdate de perder por ello tu reposo». ⁽⁴⁾ Por otra parte, Solón, uno de los siete sabios, da leyes que prohíben tan brutales expresiones de dolor en caso de muerte, como era entonces costumbre en la ciudad de Atenas; ⁽⁵⁾ pero al recibir la falsa noticia de la muerte de su hijo, comenzó á golpearse la cabeza, y á hacer demostraciones tan ridículas, que Tales no pudo dejar de reírse. ⁽⁶⁾ Tomó un cordel y se ahorcó Gordiano al tener noticia de la muerte de su hijo. ⁽⁷⁾ «Aquel fin, dice su historiador, fué

(1) Livio, 2, 8.

(2) Plutarco, *Tranquill. an.*, 6.

(3) Séneca, *Constantia*, 5.

(4) Epícteto, *Diss.*, 3, 3, 5; 1, 15, 2; 22, 10; *Manu.*, 3, 11, 14, 1.

(5) Plutarco, *Solon*, 21, 6.

(6) Id., *id.*, 6, 6.

(7) Julio Capitolino, *Gordiano*, 16.

poco digno de una vida pasada casi por completo en compañía de Aristóteles, de Platón, de Cicerón y de Virgilio. ⁽¹⁾

Ahí están los antiguos, siempre en los extremos, siempre en el filo de la hoja, de donde han de caer sin remedio, sea á un lado, sea á otro. Jamás encontraron el justo medio, el suelo firme y natural. No hay que buscar en ellos sentimientos verdaderos y sanos, caracteres francos y sencillos, dignidad sin violencia y sincera y estrecha amistad. Todo era llevado al exceso, todo embellecido artificialmente; todo tomaba las proporciones de grandiosidad, ó bien, se hacía llegar de intento hasta lo obscuro y únicamente vulgar. No conocían las delicadas fibras del corazón humano, porque les era extraña la verdadera naturaleza. Y los caracterizan muy bien en la realidad de la vida los vicios que les atribuye uno de sus profundos conocedores, cuando los acusa de «estar llenos de malicia y de envidia, de ser insolentes, altivos, desobedientes, sin corazón y sin misericordia». ⁽²⁾ Estamos habituados, es verdad, á ver mucho mal en el mundo, pero si estuviéramos obligados á vivir en semejante compañía, no tendría límites nuestro asombro al ver tales vacíos en la naturaleza.

2. Idea que se formaron de la mujer en la antigüedad.—Esta es la condición de todos los pueblos que no han tenido la felicidad de vivir al amparo de la civilización cristiana. Ya á un lado, ya á otro, nos vemos empujados por prevenciones y exageraciones insoportables; inútil buscar verdaderos y tranquilos sentimientos, ni sincera y franca delicadeza de corazón, viéndose esto confirmado especialmente, si se examina la conducta que observaban con respecto á la mujer.

Gozado se han en la debilidad, en la malicia y en desprecio del sexo femenino la mayor parte de los hombres y de los pueblos, en casi todas las épocas y en la mayoría de las producciones literarias, cualquiera que sea la

(1) Julio Capitolino, *Gordiano*, 7.

(2) I Romanos, I, 29 y sig.

edad á que pertenecen. Ni el negro, ⁽¹⁾ ni el griego, ⁽²⁾ ni el musulmán ⁽³⁾ creen en la virtud de la mujer. Mientras no está ligada á un marido, ni se le atribuye bien ni mal alguno; está abandonada á su debilidad, ó más bien, á la explotación del hombre que sabe muy bien que predica en favor de sus propias pasiones, cuando habla de los privilegios de la juventud ó de la fragilidad del sexo débil. Por eso están tan maravillosamente acordes en este punto con las literaturas griega y moderna los salvajes de los tiempos antiguos, ⁽⁴⁾ lo mismo que los de nuestros días. ⁽⁵⁾ Pero una vez que ha encadenado su suerte á la del hombre, este vergonzoso principio se cambia en profundo desprecio, en desconfianza, en celos, que generalmente tienen como consecuencia el tratamiento y estrecho secuestro de la esclava. ⁽⁶⁾ Mas no hay necesidad de acudir á los negros para hallar ejemplos de malos tratamientos y de persecuciones que llevan en pos de sí la muerte dada á una mujer, porque, accidentalmente, se ha encontrado con un extraño, ó, pasando, le ha dirigido la palabra. ⁽⁷⁾ ¡Qué burlas, qué envilecimientos, qué sospechas, ha hecho caer ese juicio indigno y bajo sobre la mujer en todas las literaturas! Es también la mujer uno de los principales temas donde nuestros dramas y nuestras novelas encuentran su repugnante pasto; ellas hacen que todo eso esté sin cesar en boga en el mundo. ¡Y cosa notable! el interés no es quizás menor en la mujer que en el hombre; jamás pierden su atractivo los encantos de la sensualidad; ese atractivo es y será siempre motivo principal para que tenga encantos esa materia; lo produce en el hombre el dulce placer que le causa la secreta complacencia de sí

(1) Andree, *Forschungsr*, I, 382; II, 54, 381.

(2) Eurípides, *Fragm.*, 110, 417, 880 (Wagner).

(3) Maltzan, *Reise nach Südarabien*, 96.

(4) Herodoto, I, 93, 4; 5, 6, 1. Pomponio Mela, 2, L., 4.

(5) Trollope, *Australia*, (Tauchnitz), III, 258; Andree, 2, 356; Waitz, *Anthropologie*, II, 112, 438, 522; III, 111, 382, 423; IV, 278; V, II, 105; VI, 122, 630, 774.

(6) Plutarco, *Temistocles*, 26, 4.

(7) *Sammlung aller Reisebeschr.*, Leipzig, 1749, IV, 316, 367, 657.

mismo y el orgulloso desprecio con que trata á la mujer; para ésta es el aguijón de amarga cólera, de impotente venganza, precisamente, como si para gozar convenientemente de la sensualidad, debiera esa sensualidad aparecer para el hombre, como la cosa más agradable, y revestir para la mujer un carácter general de amargura.

3. La galantería romántica.—Por otra parte, hay una falsa galantería que considera á la mujer como ángel y como diosa, ó á lo menos quiere hacerla pasar por tal. Este error es, en su origen, una creación de los falsos románticos de la Edad Media.

En vano buscaríamos en la antigüedad ni la más ligera huella de esta tendencia, no pudiendo compararse con tal galantería ni aun los desórdenes á que dió lugar Pericles con su escandalosa conducta. Está en su existencia de tal modo ligado el Paganismo al desprecio y á la humillación de la mujer, que jamás se ha visto en él la más ligera disposición para realzarla. El recuerdo de la verdad primitiva, de que pesaba la maldición sobre la mujer, había degenerado hasta producir en él la convicción de que todo el sexo femenino estaba maldito. Se vió obligado el Cristianismo á comenzar por hacer desaparecer aquella prevención; tuvo que levantar á la mujer de su abatimiento y preparar en los espíritus el acceso á la idea de que también al sexo débil se debe respeto. Entonces el hombre, que no puede aceptar ninguna verdad sin desfigurarla, y sin exagerarla á su modo, hizo salir de esa idea, por otra parte tan consoladora, esos ídolos que tantos males vienen causando desde la Edad Media. ¡Felices aun, cuando aquellos caballeros «locos», como se les apellidó con tanta exactitud, se asemejaban á Erico! Felices, cuando, olvidados del honor, del bien y del deber, servían como esclavos á los ídolos de su imaginación, entre requiebros, cantos é impertinentes locuras de que fué escuela la corte del rey Arturo. ⁽¹⁾ El tipo de aquellos locos que perdían los sentidos y el honor, es nuestro Ulrico de Lichtenstein, ó, para poner un ejem-

(1) Hartmann von Owe, *Erec.*, 2965 y sig.

plo menos ofensivo, Gamuret, padre de Parcival. No conocía ni la naturaleza de su capricho, ni la situación á que lo impulsaba; pero se dilataba constantemente su corazón y le obligaba á recorrer el mundo para ganarse las simpatías de las mujeres hermosas; ⁽¹⁾ su vida fué la vida de las mujeres; ⁽²⁾ solo allí encuentran terreno firme sus anclas. ⁽³⁾ ¿Ve un día una negra mora? Ya no puede cerrar los ojos ni de día ni de noche; se retuerce como un cordel, le crujen los miembros y se le encorba el pecho como el arco de una ballesta. ⁽⁴⁾ Pasan algunos días, y se cansa de aquella perla preciosa en que brillan todas las virtudes, y la abandona secretamente, como un ladrón. Por fin, graban sobre su sepulcro esta inscripción: «Las mujeres le causaron los más terribles tormentos». ⁽⁵⁾

Acaso no hubiera sido completa la locura del inmortal Don Quijote, el Caballero de la Triste Figura y el más inofensivo de los locos, si no hubiera tenido su maravillosa é incomparable Doña Dulcinea del Toboso, por cuyo honor se entregó á toda clase de extravagancias. Y poco le importaba que estuviera representada por la hija de un labriego, que jamás había oído hablar de él, ó por una sirvienta encapuzada. No vemos en esto ningún crimen; pero esas locuras ¡cuántos ataques asestan á la fidelidad, á la pureza del corazón y al deber! ¡Á cuántos asesinatos secretos y á cuántas desgracias para las familias y para todo el país no conducían con frecuencia! Se olvida todo: el honor y la virtud; la solicitud debida á los padres, á la vocación, al alma, á la felicidad, para conquistar una sonrisa, una mirada, una merced desdeñosa de parte de una criatura que, como Orgelusa, pone todas sus complacencias en humillar al pobre loco con zumbas malsonantes y con chistes maliciosos. Lo deja consumirse como el saltón en las manos de un niño, y después, para indemnizarle de todos los trabajos que se ha

(1) *Parcival*, 8, 11 y sig. (Bartsch, 1, 221 y sig.).

(2) *Id.*, 29, 14 (*Id.*, 1, 856).

(3) *Id.*, 14, 29 y sig. (*Id.*, 1, 419 y sig.).

(4) *Id.*, 35, 21 y sig. (*Id.*, 1, 1041 y sig.).

(5) *Id.*, 109, 20 (*Id.*, 2, 1094).

impuesto, concluye por rechazarlo con frío desprecio, como hará con cuantos se presenten. En los tiempos del Paganismo, era la mujer la esclava de la pasión del hombre. En esta galantería romántica, parece que está el hombre en el mundo únicamente para servir de esclavo á su propia pasión y á la pasión de la mujer. Se olvida de sí mismo y se degrada hasta no quedarle ni idea de la bajeza de su condición.

«El es esclavo, y ella sola impera;
 »Y los dos con su suerte están ufanos.
 »—Vuelve, dice, esos ojos, mi hechicera,
 »Que me llenan de goces soberanos. (1)

4. **Consecuencias de esa idea.**—Es inútil insistir por más tiempo en demostrar que, si lleva mal camino el mundo, se debe á estos dos absurdos contra sentidos. Ni el hombre ni la mujer han encontrado el término medio de su condición; y los dos tienen que expiar el crimen de haber trastornado la naturaleza. Cuando el hombre se ha habituado á no ver en la mujer la compañera de su vida, de su misma condición, sino sólo un ser de condición inferior, una esclava, á veces hasta una bestia de carga, sobre la cual hace recaer todo el trabajo, todo el peso, en una palabra, todo lo que encuentra de más penoso para sí, ó incompatible con su dignidad, no tiene ya límites su egoísmo; crece y crece hasta convertirse en su tormento y en el de los que habitan en su compañía.

Tendremos millares de ejemplos con sólo seguir en su vida á los griegos y á los romanos, ó lo que por desgracia nos toca más de cerca, con sólo levantar la punta del transparente velo que cubre la vida privada de gran número de hombres que nos rodean. No hay esclavo negro que tiemble más horrorosamente ante su señor, que muchas mujeres con sus hijos ante el jefe de la casa; cualquiera que sea su trabajo y su solicitud, nada hay bien hecho. ¿Se atreven á pronunciar una palabra de excusa? En su ciego furor, el tirano doméstico hace volar la vaj-

(1) Taso, *Jerusalén libertada*, 16, 21.

lla, que se hace pedazos. ¿Guardan silencio? Su insensibilidad les causa rabia. ¿Le dan la razón? Truena contra su falta de inteligencia y su temeridad en querer ocuparse en cosas que no entienden. ¡Ah! numerosas son las casas, y no solamente las de mediana condición, sino los palacios de los grandes personajes que esparcen en torno suyo brillo deslumbrador; son numerosas, sí, las casas cuyos salones ofrecen al extraño apariencias de la amabilidad más exquisita, pero en que reina un despotismo que no han igualado ni la rigidez romana, ni la crueldad oriental. En esos casos, ¿quién será capaz de censurar á la mujer, que no está defendida por una virtud heroica, y por una religión verdaderamente sólida, si se convierte en furia infernal? Entonces, lleno de complacencia hacia su persona, y de desprecio por aquella desgraciada criatura, dice el hombre al hombre:

«Jamás á la mujer des buen consejo:
 »En ella obrar el mal es ya mal viejo». (1)

¿Y la mujer, que tiene ojos y que ve lo que se permite el hombre, y cómo no toma consejo sino de sí mismo, tratándola con tan horrible desprecio, tiene que recibir de él no sólo consejos, sino órdenes imperiosas! Pero acaso el desprecio ¿no engendra desprecio? El desdén ¿no engendra rebelión?

¿Es sola la mujer la culpable de todas esas escenas tristemente trágicas que nos refiere la historia de la familia? ¿Quién endurece su natural tan sensible y tan manso hasta el punto de hacerle ver en el veneno y en el puñal el único medio capaz de sacarla de ese estado? Comienzan por irritarla las burlas poco nobles que de su debilidad hace el hombre, y contra las cuales no sabe defenderse; y cuando se irrita la mujer bien cerca de malearse está su naturaleza. Y si además tiene necesidad de encerrar en su corazón esa amargura, es inevitable su completa corrupción. Que acabe por despertarse en ella el sentimiento de la vengan-

(1) Menandro, *Incert., Fragm.*, 156.

za, y entonces se verá aparecer una pasión, de la cual la mujer, en su debilidad, puede libertarse menos que otro, y que la persigue hasta que la ha saciado.

5. Consecuencias de esa galantería.—Son peores aún las consecuencias de tratar á la mujer en una forma opuesta, es decir, las consecuencias de la falsa galantería, que no tiene más razón de ser ni más fin que la sensualidad.

El desprecio de la mujer, de que acabamos de hablar, se convierte al fin en desenfrenado é insaciable placer; lo dice muy claro la confesión que más arriba recogimos de los labios de Metelo Numídico. Creemos no equivocarnos al afirmar que ese odio irracional que se tiene á la mujer, que ese falaz desprecio del seno débil, concluye siempre por groseras bromas que expresa en Eurípides el coro de los vulgares Sátiros.

«¡Ah! si los dioses quisieran
»Que para mí sólo fueran
»Las mujeres»... (1)

Con muchos menos rodeos obra siempre la falsa galantería. Por poca delicadeza que tenga una mujer, debe rechazar con repulsión esos homenajes que le ofrece una hipocresía sensual; son demasiado exagerados, para no revelar inmediatamente el fin que se proponen. Cuando el adulator pone buena cara, es que quiere explotar á alguien en provecho propio. ¿Consigue su objeto? No puede reirse bastante de la candidez de su víctima; y es tan evidente, que puede establecerse como, principio, que es tanto más transparente una lisonja, cuanto que es menos delicada. Si nada ven una mujer ó una joven, cuando se aproximan á ellas los galanteadores con importunidad ofensiva, ó es que ha cubierto sus ojos una ligera nube de orgullo, ó es que el fino aguijón de la sensualidad ha hecho insensibles sus nervios tan capaces, sin embargo, de apreciar las impresiones del peligro que las amenaza. Bien conoce el hombre el lado por el cual es más accesible la mujer, el lado de la frivolidad; y por allí la conquista. Mientras no cae la mu-

(1) Eurípides, *Cyclops*, 186 y sig.

jer, defiende su honor; hay que comenzar por seducirla, tomándola por el lado más débil. La vanidad proporciona un medio fácil, si se tiene cuidado de alimentarla de manera que se excite al mismo tiempo la sensualidad.

No es difícil hacer ver cómo llega la falsa galantería á ese doble fin. ¿Podría ser de otra manera tratándose de una débil mujer, privada de todo auxilio, si se le alborotan la cabeza y el corazón con una conducta ó con un lenguaje que tienden á convencerla de que no hay en el mundo ser más elevado que ella? Se llega á veces hasta la idolatría; ya no se tiene vergüenza de emplear y aceptar las expresiones blasfemas de adoración y de diosa: ¡se doblan las rodillas y se permite que se doblen ante de ella! Si tales exageraciones turbaron la cabeza de espíritus superiores como Alejandro y Tiberio, ¿cómo exigir que una mujer, por fuerte que sea, no sucumba á la tentación, que en definitiva no cree que sea espontánea!

«Pequeño mundo han llamado
»Al hombre los sabios todos.
»Pues bien; yo lo he dominado.
»Y sobre ese torbellino
»De tierra, un lote divino
»Hay para mí; en esto abundo,
»Que si los hombres un mundo
»Forman en aqueste suelo,
»Cierto, es la mujer un cielo». (1)

Después, cuando ya ha suducido el hombre á la mujer, se retira pensativo y de mal humor, con la frente sombreada de arrugas, pasando tontamente á su cuenta la negra melancolía que le consume y diciéndose interiormente:

«Reinar quiere la mujer;
»Reina verdaderamente.
»¡Ay! no somos otra cosa
»Que su instrumento y juguete;
»El más viril pensamiento
»Lo destruyen las mujeres». (2)

(1) Calderón, *Das grosse Welttheater* (Ei chendorff, Sæmmtliche Werke, V, 46.

(2) Cid (Herder), 12.